

En mitad de la vida, de LUISE RINSER. Editorial Zig-Zag,
Santiago de Chile, 1964

Luise Rinser es la esposa de Karl Orff, el bien conocido autor de *Carmina Burana*. Pero no hay nada de música en su páginas. Más bien se escucha el silencio de las almas que nunca lograron encontrarse definitivamente. Escuchamos la soledad esencial de nuestra especie. La pareja humana que en el relato parece ir a un centro de vida y alegría, nunca alcanza a llegar a las supremas decisiones; se acercan y se alejan cual planetas de conjunción imposible.

Esa situación humana engendra, al fin, una buena parte de los muchos intereses y atractivos del libro, y permite calar hondo en un enigma frecuente: el ser humano, nunca del todo semejante a sí mismo, vive enajenado por su misma singularidad, indecible en cada individuo, hasta el extremo de hacer imposible el amor verdadero, en el estado de la plena reciprocidad.

Esta no es una novela de vidas convencionales o de historias excesivas, al uso; la fibra creadora de su estilo hace palpar un sentimiento de destino y su misma búsqueda, antes que la fruición del "suspense", como dicen ahora, o la curiosidad de la anécdota. Lo que seduce en el relato no es lo que sucede sino lo que es y tratamos de comprender. A sus personajes —lo mismo que a la gente en la vida real— es preciso dejarlos tales como existen en las páginas, con toda su libertad, y no juzgarlos, sin meterse a opinar sobre sus vidas, sin querer saber si se casan o no, sin aconsejarlos, ya que las situaciones y antecedentes se hunden en los misterios del espíritu individual que los anima. Los rumores no hacen novelas, al revés de lo que se opina.

Dos factores aumentan la inquietud literaria que provoca esta novela de la Rinser: la naturaleza inaudita del mundo femenino en la presencia directa o indirecta (informada por otros) de la protagonista; y ese sello suyo, alucinante: su ansiosa sed de autenticidad, casi contra sí misma. Se llama Nina. Para algunos será una criatura en decadencia, de postguerra mundial segunda; otros la verán representante de una época; tal vez los mejores la amarán por su especial carácter, el de un alma que participa de un sentido casi apasionado de la ascesis superior, en tono laico, capaz de conducirla a una libertad plena.

En el desarrollo de la novela, Nina se nos escapa bastante, y nos enteramos de actuaciones contradictorias en su línea de conducta.

En torno a ella, o más bien en dirección hacia Nina, existe y sufre un hombre que la amará toda la vida, sin que llegue a hacerla suya, hasta la protegerá de problemas provocados por otros hombres, y la salvará de cometer ciertos crímenes que algunas mujeres intentan contra su naturaleza, cuando viven al azar de la inmediatez de la vida. Ese personaje mantiene el nivel de elevación que anima estas páginas. No se puede hablar de él, como de un alma débil, sin capacidad de conquista, porque hay algo superior a los individuos, que contra toda la libertad que poseen, alcanza a determinarlos en un extraño plan de existencia; es ese orden desconocido, más allá del psiquismo, y del carácter, que a veces llamamos destino.

Stein, médico, el que ama a Nina, quisiera decidir su vivir, pero algo no llega, una savia se escapa siempre, y el amor de Nina toma otros horizontes. La felicidad es el mito siempre. En el orden terrenal.

Mientras avanza la historia, se oyen juicios que caen como apotegmas, cual golpes de sabiduría; al principio nos parece un artificio en el arte de novelar no definitivamente dominado; pero más adelante, esas miradas luminosas, se ven más integradas al contexto. Leamos cualquier palabra de éstas, preñadas de experiencia vital: "No hay que hablar de sí mismo, porque en cuanto se ha vaciado el corazón se siente uno tanto más pobre y doblemente solitario. Es una ilusión la de creer que uno se acerca a otro ser con una confianza. Creo que no hay otro modo de aproximación que el acuerdo silencioso" (105) "La mayoría de la gente no tiene destino" (109).

De este modo, grandes cuestiones se asoman, palpitan, centellean y nos dicen certidumbres y claridades al corazón, para guardarlas y apreciar de este modo una obra literaria con garra y no con artificios de vacío humano. Hasta la muerte tiene aquí su revelación. Ha fallecido una anciana: "Se detuvo como un reloj cuando termina de dar la hora" (159). Dice Nina: "No puedo creer que en ese instante se pueda aún ser engañada, ni sea posible dejarse engañar. Le mostraron algo —se refiere a su difunta—, le mostraron algo que debió llenarla de alegría".

Para hablar de algún aspecto técnico, o mejor, de cómo se escribió esta novela, en ella misma hay un dato precioso, que impide opinar arbitrariamente. Vamos contando. Nina, la protagonista, escribe unos cuentos. Y se lee uno bien impresionante, con tema de guerra, en el contexto de la obra; viene a ser autobiográfico, pero respecto de la heroína. Conversa con su hermana, la narradora del libro; ésta opina sobre el cuento, lo juzga: "es interesante y atrae". Nina responde: "Eso es: de eso se trata. ¿Sabes por qué atrae?, porque es pura acción. Detesto esa clase de historias. Todo el mundo las escribe. Tengo en la cabeza docenas de cuentos así. No valen nada. El tema para mí, no importa... El lector debe distraerse. Hay que darle historias fáciles, simples; pasa primero esto, después aquello, y sigue de este modo, y viene después tal otra cosa. Y por fin un desenlace feliz o no, nada importa; todo tiene que finalizar como en el teatro. Y lo peor es que la gente cree que eso es realismo, cuando en la vida realmente nada termina, nada lleva a un fin. El matrimonio no es un fin; la muerte misma no es sino un fin aparente..." (125). Califica a esos "realismos", que tanto gustan a la gente, de "fotografías con pose". Agreguemos: ¡qué aburridos son los realismos literarios de mera existencia! A la luz de estas palabras, que podrían representar un pensamiento de la autora de la obra, comprendemos el desarrollo con que se estructura este relato: hay más reflexión que acontecimientos, pero una mirada espiritual distingue un dinamismo interior, muchas veces agónico, de lucha tensa, y de inquietante ejercicio de los poderes de la libertad, que son esencia del alma, en pos de una apertura del sentido de las cosas. Hay momentos en que la protagonista niega el valor de la vida, y otros en que adivina la trascendencia.

Finalmente, agreguemos, que gran parte de *En mitad de la Vida*, viene na-

rrada, a través de un conjunto de documentos privados, diarios y cartas de Stein. Y que el interés de la obra se funda en esas gotas fuertes de espíritu, sin declaraciones, como presencias, testimonio de una escritora digna de la mayor consideración, por primera vez en castellano.

ALFREDO LEFEBVRE

Canciones para que el mar juegue con nosotros, de ANDRÉS
SABELLA. Editorial Universitaria. Santiago, 1965

Los poetas viven intuiciones maravillosas que subyacen encantadas en la urdimbre de los versos. Llegar a construir una metáfora es fácil. Sugerir sus valores, convertirla en finísima alusión, es bastante complicado.

Cuando el poeta procede así, sus palabras tiemblan en la estrofa, como esos duendes que pueden ser el acento de la palabra río, como las sirenas que cedieron al mar sus ojos y que ahora son las cuentas de un collar salobre y fabuloso.

El reciente libro de Andrés Sabella tiene purezas de estilo, diríase reducido a lo esencial, sin aditamentos explicativos, sin juegos metafóricos cuya génesis fue elaborada por la sola voluntad del oficio poético.

Hay en estos poemas un acendrado lirismo. Frente a la realidad, Andrés Sabella vive deslumbramientos; pero sin perder el asidero concreto. Porque en definitiva, la poesía lírica, la que tal nombre merece, tiene una base y una motivación concretas, reales, aunque esa realidad sea producto de una acuciosa sensibilidad.

Como bella ilustración de un cuento selvático, escribe: "El río quede como pulsera / de la palmera; / y entre las patas de un elefante / la luna cante".

Dice en una caricatura iluminada: "Yo soy el juglar / en cuyas pestañas / se desnuda el mar".

Los duendes son tan reales que la ciencia del lenguaje les dio categoría de seres concretos. En los desvanes de la imaginación tienen su alcázar. Salen desde allí para comunicar sus diabluras a los poetas. Cuando renacen en la trama de un poema, inventan radiogramas dirigidos a los niños y a las personas adultas. He ahí su gracia, su derecho a la inmortalidad.

Andrés Sabella, en su poema titulado "De cómo aprendí a dar de comer a los relojes", nos muestra lo que puede hacer y pensar un duende: "Tal vez / soy el acento de la palabra río" "¡Dulce de mano / a los hombres coloco / en las sienes / un pensamiento loco / de volantines y de trenes!".

La fantasía, empapada de auras legendarias, se desborda en los recuentos anímicos de un marino: "Dormido, visité los talleres donde la mar fabrica sus collares con los ojos de las sirenas muertas".

Andrés Sabella sabe que en todo hombre "perdura la imagen del niño que fue antaño". Su poesía, seria y trascendente, se hace sutil en anhelos de pureza. Dos de sus buenos libros anteriores se titulan "Vecindario de palomas" y "El caballo en mi mano". Y ahora, estas "Canciones para que el mar